

re ambas. En la autopsia no las lesiones del cuello, o las usadas la muerte de la anciana. produce una volcadura son de ray, entre otras, la pelvis des- permanecer inmóvil varios me- de quedarse inválido para toda la columna vertebral, causada usco o torcedura, con resulta- is lesiones de menor importan- de las rodillas, los omoplatos cia de los golpes contra el in- Después, las lesiones de pro- costillas rotas que pueden herir ones. Cualquier hemorragia in- gròsa, porque llena de sangre la cavidad abdominal.

el de seguridad no se ha ge- a, más de lo que se cree, al los accidentes. Cuando ocurren entos al rostro de una persona, por un potente cañón. No se un trocito de vidrio que pe- semejante fuerza, equivale a la a pierna o un brazo que sal- arabrís, quedarán cercenados si fuesen una pieza de res arnicero.

seguridad no llenan aún su come- to choca con otros objetos, a entan relatos pintorescos acerca al ser lanzado fué ra del auto- beza un agujero en la tierra. idrios, por insignificantes que o la cuchilla de la guillotina.

Algo semejante sucederá si el cuerpo va a dar contra una cerca, un poste o un alambrado: frecuentemente se encuentran personas con los pies destrozados, deformados y sin zapatos; otras veces los zapatos aparecen detrás del coche, vacíos, con las cintas bien amarradas.

Es difícil encontrar un superviviente que tenga valor para narrar su caso. Al volver en sí advierte, por los dolores punzantes en el cuerpo, que tiene fracturados los omoplatos, la clavícula, el brazo de- recho, tres costillas; pero el dolor no suprime en su mente la certidumbre de que va a morir. Allí no hay fantasía: es la cruel realidad de saber que va a su- marse a las 36,000 víctimas del año pasado.

Al ir por una curva demasiado cerrada, o un ca- mino resbaladizo, o al seguir a otro vehículo sin conservar la distancia que aconseja la prudencia, va úno jugándose la vida, a cada instante, o, por lo menos, exponiéndose a sufrir heridas y dolores in- descriptibles.

Hay que imaginarse el momento que sigue a un accidente, cuando el médico mueve la cabeza al vernos, dice a los que conducen la camilla: «A ése, déjenlo ya», y su atención se concentra en otro he- rido que aún no ha muerto.

Pensando en eso, cuando es tiempo todavía, hay que moderar la velocidad.